El cajón de las herramientas

Obra original en tres escenas. Duración orientativa: 11–14 minutos, con las pausas indicadas.

Reparto

- **SIMÓN:** maestro de reparaciones jubilado. Quiere vender la caja de herramientas de su antiguo taller.
- **LINA:** antigua aprendiz de Simón, ahora responsable de un pequeño taller propio.
- **ADA:** encargada de preparar el inventario para la venta. Necesita cerrarlo esa misma tarde.

Espacio y utilería

Un banco de trabajo, una caja grande con tapa y seis herramientas fingidas: escuadra, metro plegable, martillo, destornillador, nivel y lápiz corto. Todos los objetos son blandos o de cartón, sin filo ni peso. Una hoja para inventario, un portapapeles y dos lápices completan el montaje. La puerta del taller está sugerida por un extremo libre del escenario. Ningún personaje golpea, corta ni repara objetos reales.

Escena primera. La lista

La caja descansa abierta sobre el banco. SIMÓN mira dentro, pero no toca nada. ADA está de pie con el portapapeles. Se oye el roce de una hoja. LINA entra por el lateral que representa la puerta.

LINA. —¿Todavía está aquí?

SIMÓN. —La caja no tiene piernas.

LINA. —Ayer dijiste que venían a llevársela.

ADA. —Ayer dije que hoy tenía que hacer el inventario. Después podremos anunciar la venta. Sin lista, nadie sabe qué compra.

SIMÓN. —Y sin lista, Lina tratará de quedarse con todo antes de que llegue nadie.

LINA. —No lo niego. Quiero comprártela entera.

ADA. —Eso sería fácil de escribir.

SIMÓN. —Para ti, sí. Para ella, no.

LINA. —Tengo dónde guardarla. Bajo mi banco hay un hueco de este tamaño.

SIMÓN. —¿Para qué la quieres?

LINA. —Para tener tus herramientas.

SIMÓN. —Eso ya lo sabía. Te pregunto qué harías con ellas.

LINA. —Las cuidaría.

SIMÓN. —Mis herramientas no se jubilan conmigo.

LINA toca la tapa y parece dispuesta a cerrarla.

ADA. —Tengo una hora antes de entregar los papeles. Podemos discutir o podemos empezar por lo que hay. Luego decidirán.

SIMÓN. —Empieza por la escuadra.

ADA. —Una escuadra.

LINA. —La misma con la que aprendí a medir las esquinas del banco.

SIMÓN. —Aprendiste a comprobar si estaban rectas. Medir es otra cosa.

LINA. —Todavía corriges las palabras.

SIMÓN. —Las piezas torcidas se ven tarde. Las palabras torcidas, al momento.

ADA. —¿Anoto «escuadra» o también la historia de la escuadra?

LINA. —Solo la escuadra.

SIMÓN va sacando las piezas sin apresurarse. ADA las nombra antes de anotarlas.

SIMÓN. —Metro plegable.

ADA. —Metro plegable.

SIMÓN. —Martillo.

ADA. —Martillo.

SIMÓN. —Destornillador. Nivel.

ADA. —Los tengo. ¿Eso es todo?

LINA descubre un lápiz corto en el fondo. Lo coloca junto al resto.

LINA. —Falta este.

SIMÓN. —Ese casi no pinta.

ADA. —Entonces ¿es parte del lote o es basura?

SIMÓN. —No es basura.

ADA. —Lo anoto también. Seis piezas.

LINA. —Me llevo las seis. Te pago lo que pidas y no tienes que atender a desconocidos.

SIMÓN. —Dime cuál usarías mañana.

LINA. —Todas, algún día.

SIMÓN. —Mañana, Lina.

LINA. —No me pidas que elija como si esto fuera una caja de tornillos.

SIMÓN. —Te lo pido precisamente porque no lo es.

SIMÓN aparta la caja de ella, solo unos centímetros. LINA retrocede. ADA deja el lápiz sobre el portapapeles.

ADA. —Puedo anotar el lote completo a nombre de una compradora. También puedo separar una pieza. Pero no escribiré que algo está vendido si ninguno quiere decir qué se está vendiendo.

Breve silencio. LINA mira su propio banco imaginario, al otro lado del escenario.

LINA. —Tengo que arreglar una repisa mañana. La del local donde doy clases. Se venció una de las uniones.

SIMÓN. —¿Y qué necesitas para empezar?

LINA. —Un ángulo recto. Antes de comprar más madera.

LINA toma la escuadra. No la alza como un trofeo: la apoya con cuidado contra el borde del banco.

Escena segunda. La prueba

La escuadra sigue sobre el banco. ADA revisa sus notas. SIMÓN permanece al otro lado de la caja.

SIMÓN. —Enséñame dónde la pondrías.

LINA. —Aquí, contra este borde. Si la repisa no coincide, no tapo el hueco con una tabla más ancha. Reviso la unión.

SIMÓN. —Bien. ¿Y el martillo?

LINA. —Tengo uno. No necesito otro.

SIMÓN. —¿El destornillador?

LINA. —También.

SIMÓN. —Entonces ya has elegido.

LINA. —He elegido qué usar. No es lo mismo que elegir qué me llevo.

ADA. —Mientras tanto, necesito decidir qué irá en la caja. Si separamos algo, cambiará también la foto del anuncio.

LINA. —No tomes la foto todavía. Quiero mirar una cosa.

LINA coloca la escuadra al lado de la caja. La hace coincidir con una esquina del banco y desplaza ligeramente el extremo, como si buscara una desviación.

SIMÓN. —¿Qué estás comprobando?

LINA. —Que no esté deformada. En mi taller tenemos otra que parece recta, pero se queda abierta una rendija. La descubrimos cuando una alumna intentó armar un marco. Estábamos a punto de culpar a la madera.

SIMÓN. —¿Y qué hiciste?

LINA. —Le pedí que probara la herramienta contra dos lados del mismo tablero. Encontró el error ella sola.

SIMÓN. —Yo habría quitado la escuadra y le habría enseñado la mía.

LINA. —Al principio yo también lo hacía. Luego comprendí que, si corrijo cada movimiento, las personas salen con una pieza derecha y sin saber por qué.

ADA. —Esa alumna podría querer comprarte esta caja cuando aprenda más.

LINA. —Tal vez. Aunque no necesita seis herramientas viejas para empezar. Necesita una mesa estable y tiempo para equivocarse.

SIMÓN. —Eso último nunca me sobraba.

LINA. —Te sobraba lo suficiente para quedarte hasta tarde cuando algo no cerraba.

SIMÓN. —Eso era porque no podía irme dejando una reparación a medias.

ADA. —Hoy tampoco puedes irte dejando una lista a medias. Así que os doy dos minutos más y seguimos.

LINA. —Espera, Ada. Si compro solo la escuadra, ¿quién conserva la caja hasta que aparezca otro comprador?

ADA. —Simón. El anuncio dirá que puede verse aquí. No voy a trasladarla sin que él lo acuerde. Ni la venderé sin mostrar las piezas que queden.

SIMÓN. —Entonces la caja aún dormirá aquí unas noches. No importa. Ahora sé qué está esperando.

LINA. —Que la use alguien.

SIMÓN. —Que no la usemos para dejar de despedirnos de este taller.

LINA devuelve la escuadra al borde del banco. Deja libre el interior de la caja.

ADA. —Necesito una respuesta para cada cosa. A mí sí me cambia la hoja.

LINA. —¿No te da pena verlo vacío?

SIMÓN. —Me da pena verlo lleno desde que cerré. Cada vez que entro, pienso que tengo que buscar un encargo para justificar que sigue aquí.

LINA. —A mí me gustaba venir los sábados y encontrarlo abierto.

SIMÓN. —Porque yo estaba detrás del banco. Si guardas la caja en tu taller, yo no voy a aparecer debajo de la tapa.

LINA intenta responder, pero no encuentra una réplica. ADA se aparta un paso, sin abandonar el espacio.

LINA. —Cuando arreglé mi primer cajón, lo dejé peor que antes. Se trababa al cerrar.

SIMÓN. —Lo recuerdo.

LINA. —Tú no lo arreglaste por mí. Sacaste una escuadra y me dijiste que mirara el fondo. La tabla estaba cruzada. Yo quería que lo hicieras tú para irnos temprano.

SIMÓN. —Y salimos tarde.

LINA. —Pero conseguí que cerrara. Por eso quería la caja completa. Pensé que, si seguía allí, no terminaría esa parte de mi vida.

SIMÓN. —Esa parte ya pasó. Lo que aprendiste no se quedó en la madera.

ADA. —Puedo dejarles cinco minutos. Aunque luego necesitaré que me firmen el inventario.

SIMÓN. —Quédate. Tú eres la que se asegura de que esto no acabe en otro estante olvidado.

ADA. —Yo solo redacto la oferta. No elijo a la persona que la compre.

SIMÓN. —Pero puedes poner que las herramientas funcionan, que se venden para seguir en uso y que la caja tiene una esquina reparada.

ADA. —Puedo describir el estado. No puedo obligar a nadie a usarlas.

LINA. —Entonces no lo pongas. Que quien la compre haga su parte.

SIMÓN toma el lápiz corto. Trata de marcar una línea en el aire y comprueba que apenas conserva punta.

ADA. —Ese lápiz no va a durar mucho.

SIMÓN. —Lo sé. Lina me lo dejó aquí el día que abrió su taller. Se le había gastado haciendo el primer presupuesto. Ni siquiera notó que no se lo llevó.

LINA. —Pensé que lo habías tirado.

SIMÓN. —Pensé hacerlo. Después lo puse en el fondo, por si volvías a buscarlo.

LINA. —Nunca te lo pedí.

SIMÓN. —No. Y aquí sigue.

ADA cierra un momento el portapapeles. SIMÓN coloca el lápiz en su bolsillo, pero deja la mano sobre él.

SIMÓN. —Este me lo quedo yo. No para hacer marcas. Para recordar que ya sabes hacerlas tú.

LINA. —Entonces la escuadra me la llevo yo. Para usarla mañana, no para guardarla debajo del banco.

ADA. —Ahora sí puedo separar los objetos.

Escena tercera. Lo que queda

ADA apoya el portapapeles sobre el banco. SIMÓN vuelve a colocar en la caja el metro plegable, el martillo, el destornillador y el nivel. LINA mantiene la escuadra fuera.

ADA. —Compruebo la lista. Se ofrece una caja de herramientas con cuatro piezas: metro, martillo, destornillador y nivel. La escuadra se vende por separado a Lina. El lápiz no forma parte de la venta. ¿Correcto?

SIMÓN. —Correcto.

LINA. —Correcto.

ADA. —¿Y el precio de la escuadra? Necesito que sea una venta y no una frase bonita.

SIMÓN. —El precio acordado. Puedes llevarla hoy. Sin descuento de antigua alumna.

LINA. —Me parece bien. Te lo pago al abrir mi taller.

ADA. —Ya está anotado. Pondré el anuncio de la caja esta tarde. La escuadra sale con Lina, con el pago pendiente. No pondré «vendida» todavía.

SIMÓN. —Gracias.

ADA. —Mi trabajo es que la lista no mienta.

LINA mira las cuatro piezas dentro de la caja. SIMÓN coloca la tapa sin encajarla. No hay solemnidad, solo un gesto al que le cuesta encontrar su ritmo.

LINA. —¿Quieres venir mañana a ver la repisa?

SIMÓN. —¿Para corregirte el ángulo?

LINA. —Para tomar café. Si ves que está torcida, puedes decirlo una vez.

SIMÓN. —Una vez no me alcanza.

ADA. —Pueden negociar eso fuera de mi inventario.

LINA ríe por primera vez. Acerca la escuadra al borde del banco y comprueba la línea que forma. SIMÓN la mira, pero no interviene.

SIMÓN. —El café, sí. Pero primero haz la repisa.

LINA. —Eso iba a hacer.

ADA recoge el inventario y sale por el lateral. LINA toma la escuadra y sale detrás, después de mirar a SIMÓN. Él se queda solo. Se toca el bolsillo para comprobar que el lápiz sigue ahí. Cierra la caja y apaga la luz del banco. Oscuro.